

RAFAEL CADENAS, LO REAL, LO INVISIBLE

Jacqueline Goldberg

*Si el poema no nace, pero es real tu vida,
eres su encarnación.
Habitás
en su sombra inconquistable.
Te acompaña
diamante incumplido.*

Rafael Cadenas

Hace pocos años, cuando los poemas de Rafael Cadenas comenzaban a circular en Internet, ni el poeta ni sus lectores suponíamos otra manera más tecnológica de leerlo. Lejos estaban aún los libros electrónicos. Y como suele ocurrir, el futuro desarticula toda noción de novedad y lo ilusorio termina abasteciendo nuestro imaginario más arraigado. Es a partir de la maraña de imposibilidades posibles desde donde el artista Pedro Morales nos revela a otro Rafael Cadenas, mostrándonos que la conmoción producida por la poesía admite nuevos significados con sólo modificar nuestros procesos de percepción y la manera cómo nos aproximamos a la palabra.

Morales oculta los vocablos del reconocido y laureado poeta venezolano en la materialidad de unos pequeños recuadros tejidos con acrílico o hilos. Estos recuadros, a simple vista, constituyen una obra plástica que, si bien es muy sugerente, no deja de ser “convencional”: ricas tramas abstractas que cada quien adecuará a sus referentes. Es esa la obra visible, la que habita la sala expositiva, objeto adquirible y transportable a cualquier espacio. La propuesta de Morales consiste en hacernos traspasar tal urdimbre a través del uso de un teléfono móvil o de reproductores multimedia portátiles provistos de cámara y llevarnos a apuntar a los recuadros con el software Microsoft Tag, que los reconocerá al instante como códigos de barras 2D. Esos códigos van directamente a contenidos vinculados, que en este caso son poemas de Rafael Cadenas.

La poesía, como el trabajo plástico, deviene experiencia interactiva. Viaja de un elemento cosificado —aunque poético en sí mismo— al mundo digital y de allí a una lectura que a su vez desarropa los engranajes propios de la poesía. Se trata de un caleidoscópico juego de tectónicas: las de la obra de Pedro Morales y las de la poesía de Rafael Cadenas, capas metafóricas que transforman lo aparente en invisible y lo oculto en realidad.

El visitante de la exposición —¿espectador, lector, descubridor, experimentador?— debe ejecutar precisas acciones para llegar hasta donde su anhelo lo permita. Puede detenerse en la delicada belleza de los tejidos y no admitir que son Tags Microsoft. Puede admirar la materialidad de esos códigos ya tan comunes en el mundo publicitario y seguir sumergido en su particular estética, que rememora códigos de la Edad Media, símbolos mayas y hasta el sistema de escritura táctil Braille, sin descartar un diálogo con el arte cinético. Y

puede, finalmente, a través de la tecnología, desembocar en poemas de Rafael Cadenas, con lo cual comienza otra travesía: la de la polisemia lingüística y el abatimiento del alma.

Este catálogo, de hecho, al ofrendarnos la oportunidad de llevar a casa buena parte de los Tags Microsoft que hemos visto en sala, nos obliga a repensar los preceptos de Walter Benjamin sobre la reproducibilidad y los periplos que han emprendido la hermenéutica, la epistemología, la hipertextualidad y la hiperreproductibilidad digital. Tras las imágenes litográficas el poema continúa siendo lo invisible, pero deviene palabra al utilizarse las mismas herramientas que exigió la obra “real” en la galería.

En el dispositivo electrónico los poemas surgen como luz, formas abstractas que la mirada transforma en palabra y discurso: luz domada por la lectura, artificialidad que alcanza la revelación del poema.

En más de la mitad de las obras que componen la exposición *De redes y cadenas* la poesía de Rafael Cadenas es revisada y revisitada con una perspectiva inédita que no modifica sus certezas al ser trasvasada a un contenedor digital. No por casualidad este catálogo se inicia con una frase de Cadenas sobre las utopías derrumbadas. Ambos creadores han sabido deshacerse de paradigmas, abrir muy bien los ojos y, sobre todo, agradecer.

“Las palabras reales crecen en la página”, escribe Rafael Cadenas. Pero Pedro Morales hace que esas palabras abandonen todo atisbo de realidad —al menos la más inmediata y obvia— para surgir en la frágil pantalla, desde donde prosiguen, tal como en un libro, en una página web o en la memoria, su camino hacia la eternidad.